



ÁLVAREZ ORTEGA

CENIZAS SON LOS DÍAS

POESÍA

Devenir



DEVENIR POESÍA
Número 236
Colección dirigida por Juan Pastor

CENIZA SON LOS DÍAS

MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA

CENIZA SON LOS DÍAS

POESÍA

Devenir

Madrid, 2011

Primera edición, enero 2011

Diseño: José Ramón Ballesteros de Diego

© Manuel Álvarez Ortega

© De la presente edición:

DEVENIR/Juan Pastor, editor

Apartado de correos número 5

28991 Torrejón de la Calzada (Madrid)

Teléfono: 918 169 210

Dirección de correo electrónico: pastorj@telefonica.net

Página web: www.devenir.es

ISBN: 978-84-92877-18-8

DEPÓSITO LEGAL: S. 40-2011

Impreso en Imprenta Kadmos

Salamanca

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

ELEGIA

Que voulons-nous joindre à ce clarté?
Des cendres sont les jours.

JEAN LORRAIN.

FIEL a otra imagen, luego de un largo peregrinar, tal un alma errante, regresó a la casa, el redil de pobreza, su última heredad.

Evocaba un tiempo perdido, cuando en el ayer del sur, hora en penumbra, en su ausencia, lloraba la nostalgia por la tierra.

Fuera entonces como un caudal de sueños que el olvido abrasara, como si la queja de los años no hubiera en su corazón nacido.

Y así renace ahora que acaba el día, un ser que se acoge a la paz que nunca fue, la miseria que resume su continuo naufragio.

PERO la memoria le lleva a otra mansión, cuando el ocaso oculta su última luz y, albatros de polvo, se hace cuerpo su sombra.

Es un delirio que la ceniza conforta, el latido de un sueño que en un día de ebriedad cede a la asunción de una voz doliente.

¿Qué espera de esa hora crucial si tras largo desaliento desciende a un infierno y en él se hace penuria, luto y maleficio?

Lejos de ese páramo, acólito sombrío, es tal la cabalgata de un dios que en su errar se acoge a las cuerdas del suicidio.

¿LLEGA a su hogar el duelo de esta boca que clama por la tierra? ¿Se ciegan sus ojos cuando siente la conjura del tiempo?

¿O es una sombra a orillas de un cielo cerrado, el delirio de una mortecina paz que aún llora sobre las piedras de la casa?

Hoy el día se acoge al mal, el corazón se hiere de lágrimas, y, en un lecho de ceniza, vive, harapo que se distancia de sus hábitos.

Sonará otra aurora en su mansión, su voz será por el dolor santiguada, y así regresará, último peregrino de una tierra deshabitada.

AHORA la soledad se santigua en su rostro, es un astro que el silencio desplaza, un haz de fiebre bajo las sombras de la tarde.

Ahí, ser de polvo, se entrega al inventario que fue, el patrimonio escrito por un alma errante que lo acogió en su osario.

En ese cruce de caminos será hora detenida, voz que se desangra en un retablo de pena bajo la guadaña de los años.

Luego, disperso el perdón, cuerpo en orfandad, con la luz del nuevo día, se envolverá de desdicha en su reino solitario.

MAS ¿quién conoce lo que el tiempo conforma, la aventura de un cuerpo que solo en su desesperanza se acoge al duelo?

¿Quién, tal un ánima marchita, siente el desaliento de un corazón, si su indulgencia anuncia un reino que es muerta despedida?

¿Quién, tocado por la ceniza del día, arco iris de fiebre, lleva su acusación donde a solas el sueño se quebranta?

Nave de lágrimas es ya, ladera de infortunio, ruina que la luna enfría, sombra de un desamor abierto en el umbral de los siglos.

EN silencio, sobre el adarve de las aves diurnas, tiene lugar la ceremonia, el relato de un duelo aclamado por la penumbra.

Viene de otra orilla del día, sus manos tocan el alba que aún no es, y sus ojos acogen la soledad y la tristeza del doliente despertar.

Irá, cuando el tiempo acabe, y, en un cruce de horarios, se hará luz furtiva, alma fugaz que en el sacrificio se desenvuelve.

Volverá, el último de su edad, y nadie irá a él, pues sólo será un corazón de humo que vaga en su nómada cautiverio.

PIEDRA a piedra, en otra orilla, edifica su casa, muros de tristeza, arcos de dolor, ventanales que dan fe de su ausencia.

Mas como si la tierra se desbordara de una luz de larga trashumancia, heredero de una pobre marea, vuelve a su territorio.

Sin norte, reino a destiempo, camina por una lанда de acoso, antorcha que se apaga bajo un diluvio de astros, polvo y luto.

Nunca más dará fe de su oficio: dictada la ley, su paz será como un cuerpo entregado al oscuro eternecer de los difuntos.

AUN así, es el nuevo día quien se abre a su oscuridad, es el humo de los sueños quien juega su destino en este aniversario.

Lejos todavía, tierra adentro, lo que fue santuario de amor se hace hoy tentación, luz a la deriva ante el nacer de la mañana.

No quiera oír el nombre que llevó por la tierra, su ocaso ya llegó, la piedra que es su casa se cierra al duelo de su cuerpo.

Con la luz última volverá, será tal la ceniza que sus manos sostienen, una furtiva aurora bajo el signo de otra más oscura paz.

NO es del día esta voz que se acomoda a su hogar si el cuerpo se abre al olvido, sino de la hoguera que en este erial de pobreza le representa.

Lentamente, como un sueño que la calma del verano sosiega, entre la lasitud de la tarde se desenvuelve, atrio apagado, sol muerto.

¿Quién sería capaz de separar el alma de su envoltura? ¿Con qué ceremonia celebrar lo que no es sino asunción que el dolor conforta?

Desde la noche defiende su soledad, rey sin corona en un paraíso donde el tiempo es noble guardián de su propia sombra.

PERO, ¿adónde irá, heredero de un desolado dominio, si ante tal edad se hace un alma errante que silencia el duelo?

Cometa de un paraíso roído por los años, el día en él se vuelve tentación, corona que concentra sus venenos en la desgracia.

¿Qué importa ese errar de voces, esa feria de harapos, ese tañido de vasijas que viajan por un estuario de llanto y alaridos?

Arquero de otra estación, configurada la cruz, dicha la oración, máscara de niebla, se hará a la gloria de su último destierro.

¿QUIEN dará fe de tu memoria, esa hilera de pobres
hazañas, y, héroe de luto, sentenciado de siempre el
sacrilegio,

como un conciliábulo cerrado al remordimiento
y la pena, roto estandarte en la frontera del olvido, te
salve del sacrificio?

Oscura es la pasión que hizo de tu sueño una
patria de polvo, astro indolente en medio de una landa
que acogerá los siglos.

Te irás con la noche apagada, el mundo se hará
humo, y, sombra que pasa de rodillas, serás un
tiempo de silencio en tu despoblado territorio.

NO quieras decir adiós aún a esta tierra, el tiempo pasa y es sólo duelo imprevisto si el corazón se hace de desleal complacencia.

Con pacientes cuerdas el olvido une tu pasión al mal, se reviste de silencio, allí donde las sombras del sur velan tu desamparo.

Entonces bajas a este arrabal sombrío, te haces un malsano suceso que sepulta tu indigencia entre los harapos del día.

Máscara de desdicha en una landa de sombras: niégate a ser un rey que desmerece de este pobre paraíso, fuera del mundo.

LEJOS del sueño y el olvido, como a la puerta de un infierno, con ojos de luna y corazón seco, así se deshace el tiempo en tu piel de suicida.

Cercado estás por un coro de larvas que cantan la salve del último día, tú, pastor de nubes huérfanas amortajado de harapos y ceniza.

Acuérdate, oh, acuérdate de la miseria que en ti dejaron los años, el desorden que hubiste de ser, cautivo de los presagios de la tierra.

Ahora tu día está por llegar, entrega tu manse-
dumbre a ese erial de soledad en donde sólo un alma errante con dolor te acoge

UN rostro afligido anida en el corazón de la mañana, entrega la dádiva que los dioses del mal reúnen para la ceremonia.

El alma está azul, suena una luz de primavera, náufrago en la creciente pleamar el día se temple de su hechizo venenoso.

¿Qué manos abrirán esa mansión donde su huesa se pulimenta? ¿Al redoble de qué atabal acudirán sus indolentes máscaras?

El cáliz de ceniza humea en su altar, y tú, rostro de ausencia, sólo eres al fin el residuo sacralizado de la última condena.

SIN esperanza, pobre deudor de un río de lágrimas, paralelo a la noche, así recorre las piedras de ese erial de dóciles recuerdos.

No resplandece el amor, los sueños son de luz infiel, los cuerpos gráciles de las anémonas que hacen de su sexo una mortaja.

Pero la desolación de la hora convoca su alabanza entre harapos y voces, la mercadería de un pasado enmascarado de desgracia.

Que su pasión se haga una llama infernal, y que su fría osamenta sea el paciente despojo para otro más largo cautiverio.

POR el esplendor de la hora asediados, bajo el peso del hastío y sus venenos, así van, mercaderes de letargo, heridas y cicatrices.

No son reyes de ninguna edad, se hicieron de derrama, y, sin conocer credo ni oración, se excluyeron de un mundo carcomido por la infamia.

¿Dónde están ahora, mendigos herederos de la intemperancia? ¿Qué hacen en ese arenal sembrado de injurias y maldiciones?

Acólitos de insomnio y escalofrío, pasajeros de un invierno de pena, ahí esperan, idólatras trashumantes en un solar de muertas tentaciones.

SABES que nunca cruzarás ese andén donde los sueños son, que con temor caminarás por ese suelo donde la maldad en los cuerpos se señala.

La tierra tiene hoy color de viernes, el alma en el ocaso se desnuda, y el rostro deja su aliento en la sima de un día que hizo de hogar.

Testigo de una hora fatal, lágrima a la orilla de un tiempo malsano, oirás el concierto de voces que a lo largo de los años acompaña tu destierro,

y, corazón sin nada, aluvión de recuerdos que se persiguen, así será tu cruz en esa ladera donde la garra de la muerte con gozo se calcina.

EN tu corazón llora la noche, no es un astro apagado ni el fulgor del destierro, sino el humo de esa caravana que conduces hacia un errante edén.

Morir es siempre esperar, hacer un itinerario de engaños y quebrantos, reconocerse en prófugos espejos de desdichas y tentaciones.

Pero el sueño no tiene fin, el alma acude al cuerpo cada amanecida, acoge una lágrima que se deshace en una sementera de nada.

Hijo incompleto del tiempo: no quieras vagar tal una voz perdida, acógete al silbido del día y olvida ese oscuro deseo que santifica tu ceniza.

LLEGAS, cuando la mañana se abre por la casa, te posesionas de todas las cosas, te haces huella de un día de tristeza y acusación.

Con sufrimiento vas como un barco a la deriva por la penumbra, eres la huella de un dios que del morir hizo su heredad.

Ahora, sin dolor, oyes cómo tu nombre abre su paz en el destierro, cómo tu ser se salva noche adentro, único sonido.

Volverás como las olas de un mar dormido, sin duelo ni pesadumbre, rey de ceniza: serás el breviario de la muerte en la prisión del silencio.

¿TE acuerdas de nosotros –lágrimas perdidas en esta tierra inhóspita– desde ese paraíso de sombras que en ti sobreviven?

¿Qué podemos esperar si a tu recuerdo nuestro cuerpo es una vasta landa donde los sueños que no fueron se conciertan?

¿La hora del olvido llegó, en un largo corredor el día se acrecienta, es un clamor callado que hace de ti un vago sortilegio?

¿Hemos muerto contigo o el sonido de tu nombre que en nuestra alma se apaga es el testimonio del dios que nunca conocimos?

ADALID de luto, se disfraza de penumbra, y, al final de los años, como un rey depuesto, entrega su imagen de astro que dormita.

Materia de desecho, meteoro que dice adiós con la mano, lleva su efeméride por un erial que de trapos y amuletos se fecunda.

Hora paciente su soledad, ¿qué gracia espera de esa cabalgata de horas en este lodazal? Humillado, ¿qué quiere de este pobre mundo?

Mártir rural, se acoge al ritual de los siglos: es un hoyo en el aire, su eternidad concierta con un séquito de larvas que lo veneran.

TAMBIÉN conoció la luz generosa del amor, el latido de un tiempo de paz, cuando el cuerpo viajaba lejos de la desdicha y el alma

iba recolectando corazones de andén en andén, lívidos rostros con aroma de espejo, muertos pobres por un cielo de humo.

¿Dónde está ahora, en qué solar mueve sus armas de guerrero inocente, sus redes ceden al clamor de los náufragos que esperan?

Inútil es tal convención, el día dictó su sentencia: muerta la ley, el olvido sella la puerta del hogar que santifica su osamenta.

AHI está, ceniza la luz, la cabeza asomada a un retablo de cera, compañero pobre, su olor como una baja luna que se deshila.

Juega su destino con una turba monacal, compone su mercadería de sobresaltos, rehace el sonido de una leyenda manchada por los siglos.

Irá hacia un mundo apagado, donde son errantes las costumbres, cantará su fúnebre himno por escolleras baldías, donde el amor no fue,

y, sin esplendor, en un solar que acoge su último vahído, rodará empapado de infierno, único morador de una estirpe que llora en el exilio.

PERO la soledad no es un clamor que se derrama por el cuerpo tal agua, no es un hilo de frío que el alma en su almarío reúne.

Quieto muerto, en una tierra que el desconcierto conoce, vive en una antesala oscura, consejero de un cadalso que la lluvia enfría.

Vestido de romance, aún sin conocerlo, se sostiene en un territorio de apagadas luces, huésped de una escena que las sombras bendicen,

y, larva de otro destierro, entre alaridos y lágrimas, al calor de sus tentaciones, corta un destino que se abre a la desdicha del mundo.

A solas en el tiempo, huésped de un ocaso sin oficio, cegado por la última tentación, tal un desecho de cuerpos que vuelven del destierro,

entre el instinto y un sudor que hiela su dormido corazón, así regresa, hijo de la constancia, a este lecho que a destiempo se desdice.

Héroe de fiebre y desvarío, ¿qué espera de esas inocentes sábanas, después del paso de tanto remordimiento como de su amor se hizo?

Sin anunciarse el día llegó, y ahí se desvanece, contando las horas, heredero de una edad que dejó en la piel su muerta singladura.

ENTRE sones baldíos, a la sombra de un cielo apagado, el muerto que fue pasa silbando su alegoría de sueño y tentaciones.

Es un pelele, pobre remedo de un Orfeo que se perdió entre ruinas, cuando los dioses eran fuego sacralizado en su memoria.

Ahora, de hielo su corazón, se abre a un campo de lágrimas, es una ola de cólera, una ofrenda que se ennegrece con el salitre de los años.

Bajará al atrio de otra divinidad, y, salmo pobre, despertará de su torpe andadura, será sólo llanto en el claustro del dolor y la injuria.

LUNA que bajas a su lecho: pon en la blancura de su rostro una luz de nueva primavera, haz que la noche le lleve a su heredad eterna.

De plegarias y saluciones, por barbechos de esperanza, vaga, hombre sin memoria, letra de un escrito entre flores y lápidas.

¿Cuánta sombra dirá esa anónima fosa, si en ella sólo hay un desamor que acuna su carcelaria fiebre entre las piedras?

Capitán de una gloria en desuso, rey sin trono, será reo de remordimiento, inventario de un cuerpo vacío, desolación y ceniza.

DICE adiós a las cosas que con él quisieron, toca el polvo que quedó de su huella, se entrega al silencio de otra anunciación.

Como un velero varado en un arenal que olvidó la marea, así es su último recuerdo cuando en su dominio enfebrecer el día.

Secreta la prisión, hilo su cuerpo como un sueño a la deriva, en todos reconoce lo que sólo fuera sombra de su heredad.

Oribe de un erial ahora, aluvión de quebranto y pesadumbre, deja su voz en el libro que la muerte escribe de su eterna soledad.

MAS cuando la noche se recoge en su lecho,
mientras por las paredes suena una música que ape-
nas a su memoria se acomoda,

guardián de un recinto de luto, trashumante por
un desierto oscuro, se impone al reguero de sueños
que por su piel transita,

se hace de tentación, renueva el acoso de una
culpa que hacia su cuerpo confluye, aventura banal,
recadero impenitente,

mientras la luz presentida se abre al arco iris de
sus sueños, el lugar donde es auriga de un itinerario
de pena y acusación.

NO tuvo cruz ni oración, pero arriba, hacia la luz de un cielo baldío, su boca dio testimonio del día que dejó oír su adiós.

Con indolencia, labor de azada y compás, compuso su edicto, el sonido de una permanencia que sólo fue un errante declinar.

No quiera ahora ser otro dios: la leyenda está cerrada, la sentencia cumplida, muertos recuerdos despliegan su elocuencia por la casa.

Y, de espaldas al tiempo, hijo de un concilio de nada, ahí está, en ese armazón de madera que acoge su cuerpo de muerto para la eternidad.

INDICE

I

Fiel a otra imagen, luego de un largo peregrinar 15
Pero la memoria le lleva a otra mansión 16
¿Llega a su hogar el duelo de esta boca...? 17
Ahora la soledad se santigua en su rostro 18
Mas ¿quién conoce lo que el tiempo...? 19
En silencio, sobre el adarve de las aves diurnas 20
Piedra a piedra, en otra orilla, edifica su casa 21
Aun así, es el nuevo día quien se abre. 22
No es del día esta voz que se acomoda a su hogar. . . 23
Pero, ¿adónde irá, heredero 24

II

¿Quién dará fe de tu memoria...? 27
No quieras decir adiós aún a esta tierra 28
Lejos del sueño y el olvido, como a la puerta 29
Un rostro afligido anida en el corazón 30
Sin esperanza, pobre deudor de un río de lágrimas . . 31
Por el esplendor de la hora asediados, bajo el peso . . 32
Sabes que nunca cruzarás ese andén 33
En tu corazón llora la noche, no es un astro 34
Llegas, cuando la mañana se abre por la casa 35
¿Te acuerdas de nosotros –lágrimas perdidas...? . . . 36

III

Adalid de luto, se disfraza de penumbra	39
También conoció la luz generosa del amor	40
Ahí está, ceniza la luz, la cabeza asomada	41
Pero la soledad no es un clamor que se derrama	42
A solas con el tiempo, huésped de un ocaso.	43
Entre sones baldíos, a la sombra de un cielo.	44
Luna que bajas a su lecho: pon en la blancura.	45
Dice adiós a las cosas que con él quisieron	46
Mas cuando la noche se recoge en su lecho	47
No tuvo cruz ni oración, pero arriba, hacia la luz . . .	48

COLOFÓN

Esta edición de "CENIZA SON LOS DÍAS" de Manuel Álvarez Ortega, n.º. 236 de la Colección "DEVENIR POESÍA", se terminó de imprimir el día 23 de enero de dos mil once, en Imprenta Kadmos, Río Ubierna, 5-6. (Pol. Ind. El Tormes), Salamanca

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

I. OBRAS DEL AUTOR

1. POESIA

- La buella de las cosas*. Imprenta Ibérica. Córdoba, 1948.
- Clamor de todo espacio*. Colección "Aglæ". Córdoba, 1950.
- Hombre de otro tiempo*. Colección "Aglæ". Córdoba, 1954.
- Exilio*. Colección "Adonais". Madrid, 1955.
- Dios de un día y Tiempo en el sur* (un solo volumen). Taurus ediciones. Madrid, 1962.
- Invencción de la muerte*. Colección "Adonais". Madrid, 1964.
- Despedida en el tiempo*. Colección "Pájaro Cascabel". México-Madrid, 1967.
- Oscura marea*. Librería Anticuaria "El Guadalhorce". Málaga, 1968.
- Oficio de los días y Reino memorable* (un solo volumen). Colección "Arbolé". Madrid, 1969.
- Carpe diem*. Colección "Provincia". León, 1972.
- Antología (1941-1971)*. Plaza y Janés, editores. Barcelona, 1972.
- Tenebrae*. "Cuadernos Hispanoamericanos". Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1973.
- Génesis*. Colección "Visor". Madrid, 1975.
- Fiel infiel*. Colección "Provincia". León, 1977.
- Escrito en el sur*. Colección "Premios Literarios Ciudad de Irún". San Sebastián, 1979.
- Templo de la mortalidad*. Colección "Premio Fundación Rielo". Madrid, 1982.
- Sea la sombra*. "Cuadernos Hispanoamericanos". Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid, 1984.

Lilia Culpa. Colección “Antorcha de Paja”. Córdoba, 1984.
Gesta. Colección “Devenir”. Barcelona, 1988.
Código. Colección “Devenir”. Madrid, 1990.
Liturgia. Colección “Devenir”. Madrid, 1993.
Obra Poética (1941-1991). Edición no venal. Madrid, 1993.
Claustro del día. Colección “Antelia”. Madrid, 1996.
Corpora terrae. Colección “Antelia”. Madrid, 1998.
Poemas / Poems. (Versión de Louis Bourne). Colección “Antelia”. Madrid, 2002.
Desde otra edad. Colección “Devenir”. Madrid, 2002.
Desierto Sur. Colección “Antelia”. Madrid, 2004.
Poemas / Gedichten (Versión de Eugène Von Ittebeck). Colección “Antelia”. Madrid, 2004).
Despedida en el tiempo (1941-2000). *Antología*. Colección “Signos”. Huerga & Fierro. Madrid, 2004.
Poemas / Poèmes (versión de Marcel Hennart). Colección “Antelia”. Madrid, 2004.
Elogia de un tiempo perdido. Colección “Antelia”. Madrid, 2003.
Visitación. Colección “Antelia”. Madrid, 2005.
Obra Poética (1941-2005). Colección “Visor”. Madrid, 2006
Adviento. Colección “Antelia”. Madrid, 2007.
Antología poética (1941-2005). Colección “Devenir”. Madrid, 2007.
Mantia fidelis. Colección “La rama dorada”. Huerga & Fierro. Madrid, 2008
Ceniza son los días. Colección “Devenir”. Madrid, 2010.
Ultima necat. Ediciones Abada. Madrid, en prensa.

2. ENSAYO

Intratexto. Colección “Devenir / El otro”. Madrid, 1997.

3. TEATRO

Fábula de la dama y los alpinistas. Colección “Antelia”. Madrid, 2008.

La travesía (Un sueño, o no). Colección “Antelia”. Madrid, 2009.

4. GRABACIÓN

Génesis (texto íntegro en la voz del autor). Ediciones portuguesas. Valladolid, 1992.

5. ANTOLOGÍAS

Poesía belga contemporánea. (Con otros traductores). Aguilar ediciones. Madrid, 1964.

Poesía francesa contemporánea. Colección “Sillar”. Taurus ediciones. Madrid, 1967.

Poesía simbolista francesa. Colección “Alfar”. Editora Nacional Madrid, 1975.

Veinte poetas de siglo veinte. Colección “Devenir”. Madrid, 2001

6. TRADUCCIONES

Crónica, de Saint-John Perse. “Poesía Española” 95. Madrid, 1960.

Salmos, de Patrice de la Tour du Pin. Plaza y Janés, editores. Barcelona, 1972.

Antología poética, de Apollinaire. Colección “Visor”. Madrid, 1973.

Estelas, de Victor Segalen. Colección “Visor”. Madrid, 1974.

- El amor la poesía*, de Paul Eluard. Colección “Visor”. Madrid, 1975.
- Poemas*, de Jules Laforgue. Plaza y Janés, editores. Barcelona, 1975.
- Pájaros y otros poemas*, de Saint-John Perse. Colección “Visor”. Madrid, 1976.
- Poemas* (Volumen I y II), de André Breton. Colección “Visor”. Madrid, 1978.
- El gran juego*, de Benjamín Péret. Colección “Visor”. Madrid, 1981.
- Antología*, de Alfred Jarry. Colección “Visor”. Madrid, 1982.
- Obra Completa*, de Lautréamont. Akal ediciones. Madrid, 1988.
- Sinfonías /Salmos*, de O. V. de L. Milosz. Colección “Antelia”. Madrid, 2004.
- Cántico del conocimiento*, de O. V. de L. Milosz. Colección “Antelia”. Madrid, 2005.
- Antología poética*, de O. V. de L. Milosz. Colección “Devenir”. Madrid, 2008.

II. OBRAS SOBRE EL AUTOR

1. ESTUDIOS ESPECIALES

- Asunción Córdoba: *Fábula muerta. En torno al universo simbólico en la poesía de Manuel Álvarez Ortega*. Colección “Devenir Ensayo”. Madrid, 2008.
- Francisco Ruiz Soriano: *La sintaxis del alma. La poesía de Manuel Álvarez Ortega*. Colección “Devenir Ensayo”. Madrid, en prensa.

2. NÚMEROS MONOGRÁFICOS

- Fablas*, Revista de Poesía y Crítica, núms. 33-34. Las Palmas de Gran Canaria, septiembre-octubre, 1972.
- Antorcha de Paja*, Pliego de Poesía núm. III. Córdoba, febrero, 1974.
- Culturas*, Suplemento del diario "Córdoba". Córdoba, 20 de mayo de 1986.
- A Manuel Álvarez Ortega. Dedicatoria*. Colección "Devenir", núm. 113. Madrid, 1998.
- Dossier M.A.O.* Revista "Barcarola", núms. 58-59. Albacete, noviembre, 1999.
- Álvarez Ortega*. Pliego de Poesía 178. Revista "El Ciervo", núm. 632. Barcelona, noviembre, 2003.



La colección DEVENIR se complace en ofrecer a sus lectores este nuevo libro de Álvarez Ortega (Córdoba, 1923), un poeta clásico ya entre las promociones de posguerra por la profundidad de su pensamiento, la belleza de sus imágenes y la maestría en el uso del lenguaje; un poeta de culto que, ajeno a capillas o cenáculos, al crear a lo largo de más de setenta años una corriente de vanguardia renovadora de los instrumentos líricos, lo hacen único e incomparable en nuestras Letras. Propuesto al Nobel en numerosas ocasiones por distintas entidades de Suiza y España, es, a decir de la crítica, el poeta español más europeo del siglo XX.



POESÍA

Devenir

